

Edith Stein (1891-1942)

De la fenomenología a la fe

Enrique M^a Borrego

Nadie puede dar datos de sus últimos momentos en los crematorios de Auschwitz, ni describir cuál era su estado de ánimo, o si seguía consolando y animando a los suyos, que compartían su destino, según la vieron los últimos testigos. Se sabe que muchos judíos, verdaderamente creyentes, iban a la muerte cantando salmos. Parece que Edith muere con los llegados a Auschwitz desde Westerbork entre el 8 y el 11 de agosto de 1942, en uno de aquellos trenes interminables que transportaban judíos para ser exterminados por asfixia. La fecha de la muerte es fijada judicialmente el 9 de agosto¹. Sobre su vida, en cambio, disponemos de abundantes testimonios, su autobiografía y un buen número de cartas, tanto de Edith misma como de sus amistades. Eso ha sucedido con bastantes filósofos alemanes, que cultivaban asiduamente el género epistolar. Pero aquí no pretendo ofrecer una biografía, por más agradable y sugestiva que me resulte esta tarea, sino una presentación de Edith Stein como filósofa, discípula y asistente de Edmund Husserl, figura insólita de la filosofía contemporánea, pionera de la igualdad de derechos de la mujer, cuya trayectoria espiritual es la historia luminosa de una búsqueda apasionante de la verdad, que va desde su ateísmo inicial hasta una experiencia profunda de fe².

¹ La fecha se dio a conocer oficialmente en la Gaceta Holandesa el 16 de febrero de 1950. Según informes del comité de Auschwitz de 1962, esta fecha se dio como la más probable.

² En 1987 fue beatificada en Colonia por Juan Pablo II.

Apunte biográfico

En cuanto a sus comienzos filosóficos, sabemos que ya en los últimos años del *gimnasio* o bachiller de entonces, Edith se reparte entre la literatura y la historia y le gusta mucho la psicología; es ya una pequeña filósofa. Apenas tiene que estudiar para seguir el ritmo de la clase, por lo que dedica mucho tiempo a la literatura. Su sensibilidad va más allá de lo normal entre sus compañeras. «Cuando en aquellos años se anunciaba la representación de un drama clásico, yo me sentía personalmente invitada... Contaba los días y las horas que faltaban». Cuando se alzaba el telón Edith se aislaba del mundo exterior; «entonces yo vivía por completo lo que se desarrollaba en las tablas y lo cotidiano desaparecía». Le gustaba Mozart, no tanto Wagner, le «arrebataba» el «mundo de pureza y orden absoluto» de Bach³. Tras el examen de estado y ante la extrañeza de sus familiares, decidió estudiar filosofía.

Con frecuencia las vocaciones filosóficas se forjan en edades tempranas cuando el ambiente y el temperamento personal lo favorecen. Es interesante considerar las inquietudes intelectuales y espirituales del grupo de estudiantes, («el trébol»), que constituye el círculo más asiduo de las amistades de Edith, judíos no demasiado estrictos, algunos no practicantes; los miembros más nombrados por Edith son su hermana Erna, Hans Biberstein, Lilli Platau y Rose Guttmann. Edith había sido introducida en el círculo literario de la señora Freyhan por Lilli Platau y Rose Guttmann, desde que se hicieron amigas en los tiempos del bachillerato. Luego, aunque estudiaban en lugares distintos, se reunían alternativamente en sus casas o en un jardín, en la afueras de la ciudad, durante el verano. En casa de los Guttmann se entregaban a la música; pero, en general, formaban un grupo «polarizado» por los estudios y no podían fácilmente dejar de hablar de temas profesionales, por lo que otros chicos de su edad tenían difícil acceso a él⁴. Entre otros temas, se trataban con frecuencia cuestiones filosóficas, que alimentaba Edith frecuentemente. Ella misma nos refiere en su autobiografía:

«Los médicos, por ejemplo, pedían de los filósofos algo en favor de su formación general. Especialmente Lilli, que era muy inquieta espiritualmente y se interesaba por todo, expresaba sus temores ante el peligro de un posible simplismo de especialistas. Y, naturalmente, nos sumergíamos en la *Crítica de la razón pura* de Kant. No recuerdo bien hasta dónde llegamos. Durante un

³ Cf. E. STEIN, *Aus dem Leben einer jüdischen Familie*. Trad. española: *Estrellas amarillas*, Madrid 1973, pp. 131-132; esta obra la citaré en adelante con la sigla EA y el núm. de página de la ed. española.

⁴ EA, 94.

semestre trabajamos como locos, bebiéndonos la *Psicología experimental* de Maumann...»⁵.

Edith no era una estudiante que se limitase simplemente a preparar unos exámenes. Vivía la filosofía hasta el punto de andar ensimismada; siendo locuaz, con frecuencia se encontraba entre su familia sin tener nada que decir⁶; no podía explicar sus pensamientos a quienes sabía que no le iban a entender. Con el tiempo su concentración se hizo más intensa. Durante los meses del invierno 1915-1916 en los que redactó gran parte de su disertación doctoral, reconoce ella misma su excesiva abstracción⁷. Durante unos días de descanso en las montañas de Silesia, Rose Guttmann lee el *Zarathustra* mientras que Edith se dedica a la *Ethica* de Spinoza. Cuando iban de excursión al bosque, Edith llevaba este libro en el bolsillo de su impermeable y mientras los demás se tumbaban bajo los árboles, ella se sumergía alternativamente «en las deducciones sobre la Sustancia Una y en la contemplación del cielo, montañas y bosques»⁸. En otra ocasión en que Edith está en cama con un pie inflamado por una torcedura, su hermana Erna le lee cartas de Goethe⁹. Años más tarde, durante una excursión al Hohentwiel, decide que es preciso subir la montaña, rodear el castillo, pensar en Eckehart y en los años juveniles de Schiller¹⁰. Estas especiales aficiones no eran obstáculo para que las cuatro amigas de siempre, intercambiaran continuamente sus confidencias e ideales «de acción en el mundo»¹¹; eran los años 1911 a 1913, en el que se disgrega el grupo. Su gran concentración en la filosofía tampoco impide que en 1915, en plena guerra mundial, deje la preparación de su tesis para prestar su colaboración voluntaria como enfermera auxiliar en el hospital de campaña de Weisskirchen, para enfermedades contagiosas, lo que le vale la concesión de la medalla al valor.

Edith se fue liberando, desde sus primeros semestres universitarios en Breslau, de las ideas liberales en las que había crecido; reconoce, sin embargo, que no por ello se hizo demasiado conservadora, al modo del conservadurismo prusiano, pero sí llegó a una concepción positiva del estado y se sigue interesan-

⁵ EA, 91.

⁶ EA, 166-167.

⁷ Años más tarde recordará cómo en aquellos días, después de pasarse la mañana escribiendo, cuando la llamaban para comer «sentía como si viniera de otro mundo» (EA, 300).

⁸ EA, 99.

⁹ EA, 103.

¹⁰ EA, 323.

¹¹ EA, 104. Su hermana Erna declara en su relato: «se le podían confiar todas las preocupaciones y cosas íntimas; ella estaba siempre dispuesta a aconsejar y a prestar su ayuda...» (T. R. POSSELT, *Edith Stein. Una gran mujer de nuestro siglo*, Prisma, San Sebastián 1953, p. 21); Aunque algunos pensaban de ella que sólo atendía a sus estudios.

do por la cuestión del voto femenino¹². En esta época todo el grupo se interesa por la cuestión femenina y se plantean frecuentemente el dilema entre profesión y matrimonio. El grupo ingresa en una asociación prusiana en pro del voto femenino, asociación integrada fundamentalmente por socialistas que proclamaban la igualdad de derechos para la mujer. Mucho más tarde, a los cuarenta años, Edith calificaría su feminismo de realista; pero reconocería que durante su tiempo de estudiante era acérrima feminista¹³. En este tiempo también Edith y sus amigas formaron parte de la «Liga para la Reforma Escolar» y acudía a sus reuniones, formadas mayoritariamente por maestros en ejercicio, donde se discutía y luego se visitaban centros de educación especial. «Así conocimos, expertamente dirigidos, escuelas para niños retrasados, instituciones para mudos y ciegos, y reformatorios y residencias para débiles mentales y niños abandonados»¹⁴. Algunos de estos centros eran católicos; fueron así momentos inconscientemente importantes en la preparación del terreno adecuado para la conversión de Edith, que por entonces aún se consideraba agnóstica.

Pero de ninguna manera este clima selecto era lo habitual en la juventud alemana de la época. Edith llegó a ser dura en sus juicios contra esa mayoría de estudiantes abúlicos a los que llamaba «los idiotas». Hay que pensar que pertenecía por familia y educación a un grupo étnico muy caracterizado, como el judío, alejado ya de la mentalidad del este. Y dentro del ambiente de continua superación de estas familias judío-alemanas que Edith nos describe con espontaneidad en su autobiografía, ella y sus amigas se encuentran entre las escasas mujeres privilegiadas que acceden a la universidad en las primeras décadas de nuestro siglo¹⁵. Con frecuencia se veía, entre las clases modestas, que las hermanas se ponían a trabajar para que los varones de la familia pudiesen ir a la universidad.

Entusiasmo fenomenológico

En los años universitarios tendrá Edith la oportunidad de conocer y tratar a las figuras más importantes de la cultura y de la filosofía de la época. Estudia primeramente en la Universidad de Breslau, de 1911 a 1913. En esos años se dedica principalmente a la psicología y a la historia, aunque siempre tiene en el horizonte la filosofía; alguna vez se pregunta, sin embargo, si se dedicará en el

¹² (*Edith Stein Werke*, VIII, Druten-Freiburg-Basel-Wien 1976, p. 148) Hay una edición reducida con extractos de algunas cartas, *Briefauslese 1917-1942*, Freiburg im Breisgau 1967, traducida al castellano: *Selección epistolar 1917-1942*, Madrid 1976; por facilidad para el lector, cito esta edición -con la sigla SE- siempre que contenga el párrafo aducido.

¹³ Cf. SE, 53.

¹⁴ EA, 149-150.

¹⁵ Edith era la única mujer de la clase de psicología experimental.

futuro a la historia, dada su afición a esta materia, que mantendrá siempre. Su amor por la historia no era, como ella misma dice, «un simple sumergirse romántico en el pasado»; «iba unido estrechamente a una participación apasionada en los sucesos políticos del presente, como historia que se está haciendo». Algunos de sus profesores la ayudarían a descubrir el gran panorama de la interdependencia universal y todo esto produjo en ella «una fuerte conciencia de responsabilidad social»¹⁶.

Cuando estaba a punto de hacer su tesis doctoral con el profesor Stern¹⁷, comprendió que «era un error desde el principio pensar en un trabajo psicológico». El estado y los métodos de la psicología experimental, tal como los pudo observar en su visita al Instituto de Psicología Aplicada de Berlín, donde experimentaba el doctor Lipmann, la decepcionaron:

«Todos mis estudios de psicología me habían llevado al convencimiento de que esta ciencia estaba todavía en pañales. Le faltaba el necesario fundamento de ideas básicas claras y la misma ciencia era incapaz de elaborar esos presupuestos... En cambio, lo que hasta aquel momento conocía de la fenomenología me había entusiasmado, porque consistía fundamental y esencialmente en un trabajo de clarificación y porque desde el principio ella misma [la fenomenología] había forjado los instrumentos intelectuales que necesitaba»¹⁸.

Edith Stein y Edmund Husserl

Edith se encuentra, además, con un panorama escéptico para todo lo espiritual y ello le causa algunas perturbaciones. Aunque por entonces no cree en Dios, se rebela ante las interpretaciones psicologistas del alma. Es el momento en que conoce las *Investigaciones lógicas* de Husserl, en las que se da una clara oposición al psicologismo. Edith lee el segundo tomo de las *Investigaciones* en las vacaciones de Navidad de 1912; como la edición está agotada, debe ir a la universidad durante las vacaciones. Su profesor de psicología racional, Hönigswald, que más tarde se fue oponiendo progresivamente a la fenomenología, se sorprende de verla estudiar con tanta intensidad a Husserl; desde entonces, cuando se hablaba de fenomenología en el seminario, acuden a ella como

¹⁶ EA, 148.

¹⁷ William Louis Stern (1871-1938) es importante en la historia de la psicología moderna. Frente al behaviorismo, defiende una psicología personalista según la cual el hombre toma conciencia de sí a través del mundo de valores en el que vive. Enseñó en la universidad de Breslau y después en Hamburgo, hasta que emigró a los EEUU, huyendo de los nazis. Sin duda tuvo que incidir bastante en la concepción de la empatía que Edith Stein desarrollaría en su tesis, aunque ella no parece reconocerlo claramente.

¹⁸ EA, 173-174.

«experta»¹⁹ Ya desde este tiempo, su encuentro con la fenomenología supone para ella la respuesta filosófica a sus inquietudes. El Dr. Moskiewwicz, que conoce personalmente a Husserl, le habla de él como el creador de muchas de las tendencias actuales y del ambiente de Gotinga en donde «no se hace otra cosa que filosofar día y noche, en la comida y en la calle; en todas partes. Sólo se habla de fenómenos»²⁰. Sueña con la posibilidad de conocer a Husserl y estudiar con él. Los amigos le dan bromas al respecto. Ella misma cuenta cómo en esas vacaciones de Navidad, en la noche de fin de año, unas amigas suyas leen una poesía jocosa que dedicaban a cada uno de los presentes. La que le dedicaron a ella decía:

«La mayoría de las chicas sueñan con un besito,
sólo Edith sueña con Husserl,
en Göttingen le tendrá delante de sí vivito»²¹.

Así, pues, este encuentro con las *Investigaciones* le determina a dejar Breslau, que «ya no tiene nada que ofrecerle», por la antigua ciudad universitaria de Gotinga, donde podrá estudiar junto a Husserl, por cuya personalidad quedará impresionada desde el primer momento. Su amistad con el filósofo se irá haciendo con los años verdaderamente entrañable. Husserl es todavía, en el tiempo en que Edith lo conoce, como un foco potente de luz que orienta el destino ideológico de muchos jóvenes deseosos de atravesar las fronteras oscuras del idealismo trascendental, y es llamado por los estudiantes «el Maestro»²². Gotinga vive por entonces los últimos años del breve apogeo de la escuela fenomenológica con su intento de nuevo realismo. A ella han pertenecido los nombres de Dietrich von Hildebrand, Adolf Reinach, Alexander Koiré y la gran amiga de Edith, Eduvigis Conrad-Martius.

Edith tiene 21 años y acomete con gran ilusión esta nueva etapa que dura hasta la primera guerra mundial. Se hace notar enseguida ante profesores y compañeros por el conocimiento que tiene de la fenomenología. Desde el principio es aceptada en la «Asociación Filosófica», formada por los fenomenólogos, entre cuyos fundadores se cuentan los filósofos que acabo de citar. En las reuniones del seminario de fenomenología parecía adivinar el pensamiento de Husserl. Se la llegará a considerar su mejor discípula. Pronto nace entre ambos una amistad personal de la que poseemos detalles significativos. Cuando Edith está ya haciendo el doctorado, si se va a Breslau para poder trabajar «completamente sola y sin ninguna influencia», Husserl sigue epistolariamente su actividad y la comparte «cordialísimamente»: Edith recuerda en su relato autobiográfico:

¹⁹ EA, 171.

²⁰ La referencia es de Edith Stein (EA, 170).

²¹ EA, 172.

²² Cosa que no le disgustaba, apunta Edith con cierta ironía cariñosa (cf. EA, 202).

«me escribía largas cartas con su bella, fina y esmerada letra y se alegraba mucho de mis noticias... Era tan atento, que si en algún tiempo no había recibido respuesta a sus cartas se preocupaba de enterarse cómo me iba»²³. En 1916, cuando Husserl es nombrado catedrático de la universidad de Friburgo, Edith Stein le entrega los tres volúmenes de su tesis doctoral²⁴. Husserl queda gratamente sorprendido con su lectura, que dilata bastante. Piensa en la conveniencia de publicar la tesis en su *Anuario*²⁵, junto a sus *Ideas para una fenomenología*. En esta ocasión, sabiendo Edith que Husserl necesitaba un asistente, se ofrece para el cargo, aunque esto le supone abandonar la enseñanza en su antiguo colegio de Breslau y la entrada económica que garantizaba su independencia de la familia; Husserl acepta feliz y Edith comienza su gran labor de ordenación de los manuscritos del «Maestro». En 1917 se doctora con la investigación ya citada sobre la *empatía* desde el punto de vista del análisis fenomenológico. Solicita una cátedra en la universidad de Gotinga. Husserl apoya su solicitud. Pero por entonces es todavía bastante inusitado que una mujer sea profesora universitaria. Enseñará la fenomenología como «privatdozent».

Disidencia o personalización

El círculo fenomenológico que se forma en torno a Husserl se aferra a la primera postura «realista» de las *Investigaciones*, que intenta hacer «ciencia» con la filosofía encontrándose con «el verdadero ser de las cosas» a través de su peculiar análisis del conocimiento de la esencia. Quiere, pues, superar las dudas kantianas sobre la posibilidad de conocer la esencia de lo real, pero sin llegar a la solución idealista; ello suponía también una posibilidad de encuentro con Dios desde el análisis de la experiencia del espíritu²⁶.

Pero Husserl acaba de publicar, justo cuando Edith empieza sus contactos con él, el primer tomo de *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Esta obra pone de manifiesto cómo el Maestro evoluciona hacia posiciones idealistas, hacia la subjetividad de la que parecía haberse alejado. Los discípulos ven con dolor este cambio y Edith, buscadora incansable de la verdad, presiente enseguida que la filosofía «como ciencia estricta» es siempre «algo

²³ EA, 297.

²⁴ Publicada con el título: *Zum Problem der Einfühlung*, Halle 1917.

²⁵ *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, 5 vols., Nimeyer, Halle 1922.

²⁶ Más tarde escribiría Edith sobre este momento: «Las *Investigaciones lógicas* habían impresionado, sobre todo porque eran un abandono radical del idealismo crítico kantiano y del idealismo de cuño neokantiano. Se consideraba la obra como una "nueva escolástica" debido a que, apartándose la mirada filosófica del sujeto, se dirigía ahora al objeto; el conocimiento parecía ser de nuevo un 'recibir' que tenía su estatuto regulador en la cosa y no —como en el criticismo— en el que el conocimiento es un "determinar" qué ley connota a la cosa. Todos los jóvenes fenomenólogos eran decididos realistas» (EA, 201).

fragmentario» por naturaleza y ello explica su precariedad. A su juicio, esto era el comienzo de aquella evolución que habría de llevar a Husserl a un nuevo «idealismo trascendental». Husserl empleó todas sus energías, según Edith Stein, «para fundamentar un camino que sus antiguos alumnos de Gotinga no podían seguir, para dolor de maestro y discípulos»²⁷. No obstante, en múltiples ocasiones deja ver Edith su admiración por Husserl, que fue duradera, incluso cuando empezó a apartarse del idealismo que aparecía en *Ideas para una fenomenología*.

Se podría decir que Edith permaneció fiel al primer Husserl, a la famosa consigna fenomenológica de «a las cosas mismas» frente a los modos subjetivos de filosofar; como ella pensaban también muchos del círculo de fenomenólogos. En 1917 veía ya claramente, según escribe, y en franca ruptura con el idealismo del maestro, que para que se pueda constituir una naturaleza intuitiva, los dos presupuestos esenciales son, «por una parte, una naturaleza física existiendo absolutamente, y por otra, una subjetividad de determinada estructura». Por entonces escribe a un compañero: «aún no he llegado a confesar mi herejía al maestro»²⁸. Pero con el tiempo surge la discusión. Hubo incluso un «duro debate» de dos horas, sentada ella «en una esquina del viejo y querido sofá» en donde había aprendido tanto de Husserl²⁹. Allí le expone Edith sus reparos al idealismo, «naturalmente –dice– sin convencernos el uno al otro»; pero a pesar de todo, Husserl le entrega los desordenados folios de los esbozos de la investigación sexta (del tomo segundo de las *Investigaciones lógicas*) para su reelaboración³⁰. Más tarde prepara Edith el diario de Husserl³¹.

Pero llega un momento en que a sus reparos a la postura idealista adoptada por Husserl se añade la necesidad de una búsqueda personal. Comprende que dedica un tiempo excesivo a los papeles de Husserl. Tiene 26 años, le cuesta mucho estar a las órdenes de alguien y, además, desea publicar algo propio, y sabe que sin ella el maestro no publicaría. A este respecto escribe al profesor Ingarden: ...«juízo más importante la publicación de lo suyo [de Husserl] que cualquier producto que yo pudiera eventualmente echar al mundo»³². Pero el conflicto aumenta y esto le induce a pedirle a Husserl, al año siguiente, 1918, su dimisión como asistente, a lo que accede el filósofo en una carta amable,

²⁷ EA, 202.

²⁸ Carta del 3 de febrero de 1917 a Roman Ingarden, antiguo compañero de los años de Gotinga en el seminario de Husserl (cf. SE, 35).

²⁹ Era el mismo sofá que ya poseía Husserl en su casa de Gotinga, y más tarde en Friburgo, en el que acostumbraban a discutir él y Edith, sentados cada uno en una esquina (cf. EA, 202).

³⁰ ESW (*Edith Stein Werke*), vol. VIII, p. 19; (SE, 37; 38).

³¹ Cf. SE, 41.

³² ESW, VIII, 30–31 (SE, 41); cf. SE, 39.

«aunque no falta en ella un cierto tono de reproche». Edith se siente, por fin, libre³³.

Búsqueda de la verdad

Edith necesita buscar por otra parte esa desconocida «verdad» por la que se siente atraída. Había conocido durante sus años de Gotinga al filósofo, judío cristiano, Max Scheler, que por aquel tiempo volvería a la Iglesia tras unas vicisitudes complicadas; este filósofo le descubrió la esfera de los valores y la apertura a Dios. Max Scheler no se consideraba discípulo de Husserl y afirmaba haber llegado por sí mismo al método fenomenológico, pero pertenecía a la asociación filosófica de los fenomenólogos de Gotinga. Edith apoya esta autoexclusión de Scheler, al menos en el sentido de que no fue alumno en las clases de Husserl. De todas formas, llegó a influenciar a muchos jóvenes fenomenólogos, entre los que se encontraba Edith. Scheler en esta época se hallaba saturado de ideas católicas. «Este fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces desconocido para mí. Todavía, dice Edith, no me llevó a la fe. Pero me abrió a una esfera de 'fenómenos' que ya no podía soslayar ciegamente... Por el momento no pasé a una dedicación sistemática sobre las cuestiones de la fe. Estaba saturada de otras cosas para hacerlo»³⁴. Pero, en realidad, sus encuentros cristianos le iban dejando huella. Cuando conoció poco antes a Adolf Reinach, sintió también, a nivel más instintivo, la presencia de ese algo distinto: «Era como la primera mirada a un mundo totalmente nuevo»³⁵. El matrimonio Reinach vivía profundamente las realidades que teóricamente le deslumbraron en Max Scheler. Eran los años de preparación de su examen de estado o licencia y de su tesis doctoral, en los que Edith no tenía apenas otra vida que los estudios; así se desprende de las páginas de su diario³⁶. Pero las impresiones recibidas en los encuentros con Reinach y Scheler y la entrañable amistad que mantendrá durante años con Pauline Reinach, marcarán ya en su espíritu una nueva sensibilidad apenas consciente todavía: «Me conformé con recoger sin resistencia las incitaciones de mi entorno y casi sin notarlo fui transformada poco a poco»³⁷.

Como mínimo, en el ambiente culto que le rodea en Gotinga Edith había aprendido a tener respeto «ante las preguntas de la fe y por las personas creyentes»; consecuente con su teoría fenomenológica de la intuición empática,

³³ En carta al profesor Ingarden, del 28 de febrero de 1918 (SE, 42).

³⁴ EA, 211.

³⁵ EA, 200.

³⁶ Cf. EA, 224-225ss y, en general, toda la descripción de esta ilusionada época de Gotinga.

³⁷ EA, 211; cf. TERESIA R. POSSELT, *Edith Stein, Lebensbild einer Philosophin und Karmelitin*, Nürnberg 1954⁷, p. 54ss. Fue la maestra de novicias de Edith Stein y su primera biógrafa.

siempre había sido respetuosa con la fe de los otros, en los que podía intuir *como valor orientador de su actuación* un motivo cuyo correlato no era accesible para ella. Alguna vez incluso acompañó a sus amistades a una iglesia protestante, pero sentía repulsa al oír aquellas prédicas en las que se mezclaban religión y política. Ya por entonces atisbaba algo, al estilo fenomenológico, de lo que podría ser una «religión pura»³⁸. Así, puede decirse que su actitud es en estos momentos verdaderamente fenomenológica: tratar de mirar todas las cosas sin prejuicios, según la enseñanza que Husserl había inculcado en el espíritu de toda una generación de estudiosos. Aludiendo a ello, tanto como a las consecuencias de su encuentro con Max Scheler, Edith recuerda cómo «las barreras de los prejuicios racionalistas, en las que me había criado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe se presentó súbitamente ante mis ojos»³⁹. Más tarde, fue precisamente Pauline Reinach, por su actitud de «fe victoriosa» ante la muerte de su marido en el frente, la que proporcionó a Edith uno de los primeros y más vivos encuentros con la persona de Cristo y el sentido de la cruz, tema que le iba a ser tan querido en el futuro. Comienza a leer el Nuevo Testamento. Desde este momento ya ha cambiado: por fin se confiesa a sí misma que desea ardientemente creer: «mi ansia de verdad era mi única oración». Esta situación va madurando hasta que unà noche del verano de 1921 se encuentra sola en casa de sus amigos los Conrad-Martius y coge un libro para pasar el tiempo. Se trata de la autobiografía de Santa Teresa. Se pasa toda la noche leyendo apasionadamente. Todos sus biógrafos reseñan estas palabras suyas: «comencé a leer; me sentí cautivada inmediatamente y no cesé de leer hasta el final. Cuando cerré el libro me dije: "¡esta es la verdad!"». El 1 de enero de 1922 recibe el bautismo. Es madrina otra gran mujer judía, filósofa como Edith y discípula de Husserl: Hedwig Conrad-Martius. También ella se había convertido al cristianismo⁴⁰.

Actividad feminista

A pesar de haber dejado su colaboración con Husserl para dedicarse plenamente a la investigación personal, una serie de incidencias le hacen abandonar de momento ese proyecto; en adelante alternará su dedicación filosófica con otros trabajos. La misma Edith se autocriticará más tarde por haber dejado durante un tiempo el estudio de la filosofía. En 1932, siendo profesora en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica de Münster, echa de menos un mayor conocimiento de la pedagogía y de la historia para acometer adecuadamente un plan de educación de la mujer. Sin embargo, se la acepta y estima tanto en los

³⁸ Cf. EA, 260.

³⁹ EA, 211.

⁴⁰ Era de confesión evangélica, pero el obispo concedió permiso para que fuese madrina de Edith.

núcleos intelectuales como a nivel de divulgación y de la acción política en esta materia.

Unas conferencias sobre la mujer en el mundo moderno la sitúan en una nueva fase de su vida, por primera vez de cara al gran público. Todo comenzó con la invitación que le hizo la asociación de maestras católicas bávaras para que participara en las ponencias de una asamblea. Ella habló sobre *el valor específico de la mujer en su importancia para la vida del pueblo*⁴¹. A raíz de esta ponencia se le invita a hablar en numerosas ciudades de dentro y fuera de Alemania. Y de esta forma, como cuenta su biógrafo Christian Feldmann, se convirtió Edith de pronto en portavoz de los esfuerzos de emancipación promovidos por las mujeres católicas. Feldmann cita el juicio de un periodista que asiste a una conferencia de Edith en 1930: «La conferencia de Edith Stein resultó convincente porque no cayó en el *pathos* del *movimiento feminista* y porque la conferenciante era la encarnación perceptible y visible de sus propias ideas»⁴². En una lección de 1932, Edith ataca la ideología romántica que definía a la mujer como «el bello sexo débil»: «Se quiere olvidar la evolución de las últimas décadas y se pretende recluir a la mujer en el campo de actuación circunscrito a la casa y a la familia. Pero entonces no se tiene en cuenta la naturaleza espiritual de la mujer ni las leyes de la evolución histórica». Igualmente afirmó enfáticamente: «no existe profesión alguna que una mujer no pueda ejercer».

Tal vez cayó en alguno de los errores que ya se han hecho tópicos en el discurso feminista, aunque su lenguaje, entonces revolucionario, resulta hoy familiar. Sin embargo, los ideales de Edith eran bien distintos a los que parecen estar debajo de muchas reivindicaciones actuales. Ella se basaba fundamentalmente en la dimensión espiritual y en la plenitud con que la mujer es persona humana pero defendió la peculiaridad psíquica de la mujer y de su capacidad de asumir su rol específico como madre. Desde nuestro punto de vista actual, mantiene excesivas diferencias psicossomáticas entre los sexos y ello hace que adopte a veces respecto a cuestiones concretas acerca del puesto de la mujer en la sociedad una postura estrecha que no se corresponde con la proclamación teórica que hace de sus derechos. En todo caso, hay que tener en cuenta los más de sesenta años de reflexión habidos tras sus bellos enunciados, sólo comprensibles, por otra parte, desde la óptica de su idealismo, que nos recuerda en cierta manera la ideal planificación de roles de la *república* platónica. Feldmann atenúa la crítica que pueda hacerse a Edith Stein en esta cuestión aduciendo precisamente la ausencia en su tiempo de suficientes investigaciones científicas sobre las posibles peculiaridades psíquicas de la mujer. De todas formas, reconoce

⁴¹ Cf. ESW, V, p. 205ss.

⁴² CHR. FELDMANN, *Edith Stein, judía, filósofa y carmelita*, Herder, Barcelona 1988, p. 65.

junto con algunos especialistas, que «los trabajos de Edith Stein sobre el carácter de la psique femenina marcan el comienzo de una prolongada historia de investigación en psicología diferencial»⁴³.

Sí se la puede considerar como defensora pionera del activo compromiso de la mujer en la Iglesia; criticó los impedimentos del derecho canónico al sacerdocio de la mujer. Se adelantó a la tesis de muchos teólogos actuales en afirmar que no hay dificultad dogmática para el acceso de la mujer al sacerdocio. En la práctica reconocía razones en favor y en contra para que la jerarquía se decidiese o no por la ordenación de mujeres⁴⁴. Por este tiempo se había introducido bastante en la teología católica.

Su actividad de profesora y conferenciante constituye la etapa anterior a su entrada en el Carmelo. En medio de su actividad encuentra tiempo para la oración y durante temporadas hace vida prácticamente monástica. Una vez en el Carmelo, Edith mantiene una continua preocupación intelectual, como se desprende de las incidentales alusiones que hace frecuentemente a artículos y trabajos filosóficos en su correspondencia con Hedwig Conrad-Martius; incluso se interesa por conocer la entonces moderna teoría atómica⁴⁵. Durante los años que invierte en la nueva versión de su *Acto y potencia* lee o repasa a Aristóteles, Tomás de Aquino o Heidegger, al que dedica numerosas semanas, en medio de otros trabajos, con vistas al apéndice de su «gran obra»⁴⁶. Estando aún en el noviciado, la madre superiora le instaba a que siguiese con el manuscrito⁴⁷ y el mismo P. Provincial de los carmelitas le había encomendado personalmente que lo preparara para su impresión⁴⁸, lo que demuestra además la estima en que tenían su pensamiento. No por ello parece que le dejaran demasiado tiempo para la investigación; en algún momento ella reconoce que «el horario del Carmelo deja muy poco tiempo para el trabajo intelectual. Es una verdadera excepción que a mí se me haya concedido esta posibilidad estando aún en el noviciado»⁴⁹.

⁴³ O. c., p. 74.

⁴⁴ Cf. *Aufgabe der Frau als Führerin der Jugend zur Kirche*, ESW, V, p. 189ss.

⁴⁵ Cf. carta del 10 de octubre de 1936. Hay una edición que reúne sólo las cartas de Edith a Conrad-Martius, EDITH STEIN, *Briefe an Hedwig Conrad-Martius*, Munich 1960, traducida al castellano, EDITH STEIN, *Cartas a Hedwig Conrad-Martius*, Estella 1963, que citaré con la sigla BH; cf. pp. 45-46.

⁴⁶ Así dice en carta del 20 de agosto de 1936 (BH, 41). En cuanto a afirmar ella que se trataba de una «gran» obra, se refiere únicamente a su extensión. Modestamente rechaza que su amiga Hedwig hable de su *Acto y potencia* como de una «gran ontología», pues «aunque [el manuscrito] sea «exageradamente extenso, es sólo un pequeño intento» (carta del 10 de octubre de 1936, BH, 45).

⁴⁷ Carta a H. Conrad-Martius del 15 de diciembre de 1934 (BH, 31).

⁴⁸ Carta del 21 de mayo de 1935 (BH, 34).

⁴⁹ SE, 87.

De la fenomenología a Tomás de Aquino

Años antes, en 1925, había entablado un interesante diálogo intelectual con el jesuita Erico Przywara, quien la indujo a conocer a Sto. Tomás de Aquino. Edith encuentra en Sto. Tomás una respuesta para todas las cuestiones que se venía planteando desde su actitud fenomenológica. La traducción que hace de las *Quaestiones disputatae de veritate*⁵⁰ es más bien el resultado de un deseo de hacer asequible al lector moderno un contenido medieval y se permite hacer las modificaciones que cree oportunas. Pero es también la manifestación de su entusiasmo por la nueva objetividad que cree descubrir en las argumentaciones tomistas. En este momento Edith se hace más una discípula de Tomás de Aquino que una lectora crítica. Su fervor la lleva a considerar a Tomás como «un buscador de la verdad que no se detiene ante nada porque la fe le da una serena seguridad». Pocos años después un realista neoescolástico como Peter Wust iba a desarrollar desde un ámbito similar el tema de la inseguridad de la certeza filosófica y el camino hacia la seguridad, el cual «pasa por encima de la inmediata revelación de Dios al interior del corazón»⁵¹. Edith no se inventa un nuevo Tomás de Aquino, pero enfatiza de él todo aquello que dinamiza su propia concepción de la verdad. La fe, que ella no ve como creencia sino como experiencia profunda, es también un camino hacia la verdad; más aún, la fe muestra a la filosofía verdades que ésta no puede alcanzar por sí misma⁵². Alejándose de una postura verdaderamente crítica, llega a identificar la seguridad subjetiva, propia de la fe, con la que cree hallar en los enunciados tomistas; Tomás de Aquino aparece ante sus ojos como un expositor justo y constantemente válido de esa fe. Así, lo que para la fenomenología existe sólo como posibilidad y pregunta, para la fe es seguridad; cuestiones sobre el cielo, el mundo o Dios son aceptadas como ciertas por el tomismo e incluso asume lo que se ha venido llamando «cuestiones bizantinas», de las que hay un cierto número en la obra que traduce. Edith Stein se empeña en un diálogo universal sincretista, convencida de que «los verdaderos filósofos se dan la mano por encima de las fronteras de espacio y tiempo»⁵³. Se puede decir que está en la línea de algunos teólogos neoescolásticos, entre los que ocupa una peculiar posición, convencida de que Sto. Tomás confirma la expectativas de los fenomenólogos en la capacidad de la razón para conocer la verdad. Husserl en cierta ocasión afirmó,

⁵⁰ *Des hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit*, 2 vols. Breslau 1931-1933 (ESW, III y IV, , 2 vols., Louvain-Freiburg 1952 y 1955.

⁵¹ *Incertidumbre y riesgo*, Rialp, Madrid 1955, p. 211; pero nuestra referencia se extiende a muchas otras páginas de esta obra.

⁵² Cf. *Des hl. Thomas...*, p. 268ss.

⁵³ *Die Phänomenologie Husserls und die Philosophie des heiligen Thomas von Aquino*, ed. Niemeyer, Halle 1929, p. 2ss.

tal vez con una queja ante su disidencia, que Edith era la mejor neoescolástica que poseía la Iglesia. Sto. Tomás es visto por ella como un fenomenólogo; acertadamente dice P. Wust que en esta traducción de las *Quaestiones disputatae de veritate* Edith «pone al mayor fenomenólogo de la metafísica Edad Media ante los ojos de los fenomenólogos de nuestra época»⁵⁴. En efecto, se le reconoce haber abierto el diálogo de la fenomenología moderna con la escolástica e iniciado un camino que han recorrido posteriormente algunos representantes del neoescolasticismo, aunque pienso que estos han realizado más bien un camino inverso al que siguió Edith: el de acercarse a la fenomenología desde presupuestos de la metafísica tradicional. Tal es el caso de Peter Wust o Josef Pieper, por ejemplo, en cuya interpretación de Sto. Tomás se evidencia un esfuerzo paralelo al de Edith Stein⁵⁵.

Pero Edith Stein parece poseer una intuición especial, cautivante, que la sitúa por encima de la mera repetición de doctrinas escolásticas. Todo lo que dice adquiere un nuevo valor, aunque se trate de un enunciado de sobra conocido, aparece éste al salir de su pluma como una máxima de sabiduría recién estrenada. Parece como si una vivencia profunda de las realidades místicas llenase de autenticidad cualquier enunciado de Edith. Así la escolástica, tildada tantas veces de racionalista, se convierte en sus manos en un libro de teología mística.

Fenomenología o fe

Hacia tiempo que Edith había superado la idea del Dios de la ciencia o de la teoría filosófica; ello tuvo lugar a partir de la lectura de la autobiografía de Teresa de Jesús en 1921⁵⁶. Como afirma la biógrafa de Edith, Theresia a Matre Dei, con esta lectura se van a pique sus prejuicios metafísicos y a la vez el temor al encuentro personal con Dios⁵⁷. Comprende que sólo los que trascendieron el ámbito sensible, liberándose así de él como única referencia del conocimiento, tuvieron acceso a la presencia de Dios como una vivencia profunda; estos entraron en la esfera de la acción divina sobre el espíritu. Lenguaje platónico y cristiano, rememora la luminosa espiritualidad de los «Padres» griegos de los siglos II y IV. Más tarde emplearía ya el lenguaje religioso tradicional, menos filosófico, para hablar de esta esfera mística⁵⁸.

⁵⁴ Cf. TERESIA A MATRE DEI, *Edith Stein. En busca de Dios*, Estella 1980, p. 104; T. R. POSSELT, o. c., p. 163.

⁵⁵ Como puede verse en algunas de las *doce lecciones* sobre Tomás de Aquino editadas en castellano junto con su obra *Escolástica: J. PIEPER, Filosofía medieval y Mundo moderno*, Rialp, Madrid 1973, p. 239ss.

⁵⁶ Cf. BH, 72.

⁵⁷ BH, 73.

⁵⁸ Cf., *Endliches und Ewiges Sein*, Lovaina-Friburgo, Nauwelaerts-Herder, 1950, p. 42.

La fenomenóloga, discípula de Husserl y amiga de Edith, Hedwig Conrad-Martius, dice de ésta en una conferencia: «Edith Stein había nacido fenomenóloga. Su espíritu claro, sobrio, objetivo, su mirada inmutable, su realismo absoluto, la predestinaban para ello»⁵⁹. Tal vez con cierta ingenuidad crítica, pero con evidente profundidad experiencial, Edith le había escrito en 1932: «creo que también estoy de acuerdo con el trascender más allá de la experiencia. Pero tengo además otra idea de la metafísica, como conjunto de toda la realidad comprendiendo además la verdad revelada, es decir, fundamentada en la filosofía y en la teología. Si Vd. estudiase a Tomás también se pondría de acuerdo con ello»⁶⁰.

Es inseparable su experiencia religiosa de su investigación filosófica. Su gran obra, *Ser finito y eterno*, que no se publicaría hasta ocho años después de su muerte⁶¹, constituye un continuo esfuerzo de convergencia de la fe cristiana y la fenomenología. *Ser finito y ser eterno* es la antítesis de *El ser y la nada*. Para Edith Stein, todas las filosofías arrancan de la división que experimentamos en nuestro ser. Esto suscita la angustia existencial de la muerte y, en definitiva, de la nada, como en Sartre. La novedad del pensamiento de Edith Stein respecto a Sartre o Heidegger es que en la nada del ser finito se halla una respuesta que ya no es angustia sino seguridad. Tan apremiante es la experiencia de la fugacidad de mi ser como la de ser mantenido «momento a momento» en el ser por lo eterno. Y esto comunica al espíritu tranquilidad y seguridad. Edith reconoce que estas vivencias en principio son una pista muy oscura hacia el encuentro de Dios como ser personal.

No es fácil decir, sin embargo, si después de su conversión, que implicaba la aceptación de una dogmática que Edith se esforzaría en todo momento por asimilar, acomodó y manipuló los análisis fenomenológicos de forma que éstos terminaron por ser expresiones de su acatamiento a la fe, o si más bien sucedió que, aun aceptando los postulados del dogma como tales, su profunda fe y su experiencia espiritual los esclarecen, los iluminan, descubriendo así y ahondando su propia vivencia. Ya en 1931, antes de entrar en el Carmelo, afirma no entender cómo se puede separar lo religioso de lo filosófico. Su experiencia es fundamentalmente vida, y la vida se le hace presente como vivencia de la fe. Si no se tiene en cuenta esta posición podría parecer que a veces abandona la filosofía en aras de la teología espiritual; así parece responder a una crítica que

⁵⁹ BH, 64.

⁶⁰ Cf. Carta del 13 de noviembre de 1932 (BH pp. 12-13).

⁶¹ Ya por los años en que Edith intentaba editar esta obra, 1936-1937, la cuestión antisemítica se había agravado considerablemente. El manuscrito fue de editor en editor sin que nadie se atreviera a publicar un libro de autor judío. Edith dijo en una ocasión, tal vez con un poco de humor resentido, que ésta se iba a convertir en su obra póstuma, como sucedió en efecto.

le hace a este respecto, precisamente una religiosa intelectual⁶², a su manuscrito de *Potencia y acto*, un libro de metafísica: «Su crítica no acabo de verla clara. Es verdad, desde luego, que la tercera parte no está suficientemente precisada... Pero parece que Vd. hubiese deseado que yo no incluyera lo sobrenatural... En el fondo es sólo una verdad pequeña y sencilla la que yo tengo siempre que decir: cómo se puede comenzar a vivir en las manos del Señor. Si la gente me pide algo totalmente distinto y me propone temas profundos que no me son queridos, entonces los tomo sólo como introducción para llegar finalmente a mi *ceterum censeo...*»⁶³.

Es bastante peculiar e incluso sorprendente la facilidad con que se mezclan en su sugestiva prosa la ingenuidad del fervor religioso, que utiliza incluso tradiciones piadosas que apenas resisten una leve crítica⁶⁴, con el rigor del análisis fenomenológico, de forma que unas páginas de literatura religiosa devienen por momentos filosóficas o una disertación fenomenológica termina basándose en elementos de la fe y de la teología. Esta condición se presta a graves confusiones en la lectura de su obra, nos obliga a entender previamente la perspectiva desde la que en cada momento emite sus propios enunciados; y dado su temperamento fundamentalmente fenomenológico, el lector tendrá también que situarse en una perspectiva adecuada desde la que se haga posible el descubrimiento de la intuición que en cada momento sustenta el discurso steiniano. Así, en temas puntuales, al margen ya del tema central de la realidad de Dios, como sucede con el análisis que hace de la persona humana, se nos ofrece también una introducción filosófica para lo que es fundamentalmente un discurso teológico.

Pero una reflexión más detenida nos revela las peculiaridades de su pensamiento. Este tema, por ejemplo, al que acabo de aludir, está desarrollado en un breve escrito.⁶⁵ en él se presenta al alma como un sujeto consciente y libre, se analizan incluso los términos tomistas de «supósito», «substancia», «ser subsistente»; se habla de intelecto y voluntad, etc.; podría decirse que no hay novedad alguna en la idea teórica que E. Stein tiene del alma. Sin embargo, algo se nos escapa del sentido de esta exposición. Observamos que no hay demostraciones de la inmortalidad del alma o de la libertad. Todo se da por admitido sin

⁶² Adelgundis Jaegerschmid OSB.

⁶³ SE, 51.

⁶⁴ No duda, por ejemplo, en suponer que María libró dos veces al niño Juan de Yepes, con su intervención «personal», de morir ahogado (CC, 31^o; EDITH STEIN, *Kreuzeswissenschaft. Studie über Joannes a Cruce*, Editions E. Nauwelaerts, Louvain 1950, ESW, I. Hay una 3^a edición de 1983. La traducción española más reciente: *Ciencia de la Cruz*, Burgos-Vitoria 1989. La citaré como CC).

⁶⁵ *Die ontische Struktur der Person und ihre erkenntnistheoretische Problematik* (ESW, VI (ed. 1962), 137-153).

el más mínimo esbozo de argumentación probatoria o justificante. G. Kalinowski opina que en este trabajo se trata de una problemática completamente distinta; no se pregunta aquí E. Stein si el hombre es un ser sustancial, si es o no puramente material, sino únicamente *cómo se reconoce el hombre como persona*⁶⁶. Sólo esta pregunta es la que importa al fenomenólogo. Edith Stein espera que el análisis fenomenológico de la conducta humana nos ponga delante el nivel de persona, de espíritu, tanto como el nivel biológico; es decir, el hombre se reconoce a sí mismo como persona reconociendo la estructura de su vida y las leyes que ésta comporta⁶⁷. La base de la reflexión de Edith Stein es, pues, realmente filosófica; pero en su espíritu inquisitivo incide una experiencia fundamental que abarca todo el ámbito de la conciencia, y es tan real en el análisis fenomenológico como cualquier otra existencial experiencia; esa experiencia es la fe. El hecho de que Edith Stein en su *Ciencia de la Cruz* intente «dar una interpretación que sirva para confirmar lo que la autora... cree haber comprendido acerca de las leyes del ser y de la vida espiritual»⁶⁸, nos lleva a afirmar que su pensamiento es en la madurez, y prácticamente al final de su vida, el resultado de una experiencia de fe desde la cual se asoma a la contemplación de lo real. Tal vez constituya esta experiencia la respuesta más clara a la problemática entre fe y filosofía que se ha venido manteniendo hasta hoy⁶⁹. Es significativo que, ya al final de su vida, estando en el convento de Echt, en Holanda, prepare un «pequeño» trabajo sobre los *camino del conocimiento de Dios*, basándose en la teología simbólica del Areopagita, precisamente «destinada a colaborar en una nueva revista de fenomenología en América»⁷⁰.

La ciencia de la Cruz

Su último estudio está dedicado a la doctrina de S. Juan de la Cruz y lo titula *La ciencia de la cruz*⁷¹. Se podría resumir el análisis definitorio de Edith Stein en una breve proposición: la «ciencia de la Cruz» se caracteriza por ser ante todo una experiencia transformante del misterio de la Cruz⁷²; es, conscientemente, un «intento de interpretación» fenomenológica. Posiblemente no se ha insistido demasiado en la importancia de esta aparente paradoja en la que mística y

⁶⁶ G. KALINOWSKI, *E. Stein et Karol Wojtyła sur la personne*: Revue Philosophique de Louvain 82 (1984) 552.

⁶⁷ ESW, VI, 142.

⁶⁸ Cf. CC, 23.

⁶⁹ Cf. E. BORREGO, *Controversia sobre la posibilidad de una filosofía cristiana*: Proyección 170 (1993) 209–224.

⁷⁰ «Philosophy and Phenomenological Research», (cf. SE, 145; 147); *Wege der Gotteserkenntnis. Dionysius der Areopagit und seine symbolische Theologie*, München 1979.

⁷¹ Cf. nota 64.

⁷² CC, 27–28.

filosofía son dos aspectos de una experiencia. Usa las imágenes del Antiguo Testamento para describir la experiencia profunda del amor divino y, como Plotino y los místicos en general, numerosas imágenes del amor humano. Arranca de sus reflexiones sobre el Pseudo-Dionisio y revive la clásica meditación sobre el Exodo, como lo hicieron Filón o Gregorio de Nisa, construyendo una lección espiritual con la imagen de la ascensión de Moisés al monte, «en la oscuridad y el silencio». Enfatiza el hecho de que la teología deba ser un hablar de Dios desde la experiencia. La teología negativa se emparenta más con su raíz bíblica que con una postura agnóstica; a Dios no se le conoce sino en la medida en que él se da a conocer. Pero este escrito sobre la *ciencia de la cruz* no pretende ser una teorización sino la descripción de un camino real de experiencia. Resulta, sin embargo, de forma fluida y natural, una aplicación concreta, madurada con años de contemplación, de lo que vislumbraba en sus ya antiguos estudios fenomenológicos, cuando se apartaba sutilmente de los caminos de Husserl.

Esta obra supone igualmente la maduración de una intuición mística fundamental que se estaba incubando en su espíritu desde hacía años. Parece que ya en 1930, antes de entrar en el Carmelo, reconocían en ella sus amigos una tendencia mística al tratar de temas filosóficos. Esto se desprende de un trozo de carta que alguien le dirige desde Heidelberg, en la que alude a una conversación mantenida en Ludwigshafen con Edith y en la que ésta dejó ver, al parecer, esta inclinación a la mística. El trozo de papel había sido utilizado por Edith, según su ahorrativa costumbre, para tomar una nota sobre S. Agustín⁷³. Desde luego, encontramos en ella expresiones que responden más bien a un estado de ánimo habitualmente contemplativo. A propósito de un comentario sobre la historia de las almas en el Carmelo, expresa como vivencia personal la vieja idea mística de que el conocimiento nuestro es un leve reflejo del de Dios. Y una vez más expresa también su alegría en la esperanza de la verdad, en este caso, de «la futura claridad»:

«...Y lo que nosotros creemos comprender de vez en cuando de modo particular no es más que un reflejo pasajero de lo que permanece en el secreto de Dios hasta el día en que todo se haga manifiesto. La esperanza en la futura claridad me da gran alegría. La fe en la historia secreta no debe dejar de robustecernos, aun cuando lo que se presenta a nuestra vista exteriormente (en nosotros mismos o en los otros) quisiera arrebatarlos el valor...»⁷⁴.

Enrique M^a Borrego

⁷³ El texto viene aducido por M. L. Gelber en su introducción a *Kreuzeswissenschaft. Studie über Joannes a Cruce*, (CC, 20).

⁷⁴ SE 16-5-1941, p. 146.